Aprovechar la riqueza de los ritos y costumbres latinos

Claude Bart he1

Para concluir este coloquio, me gustaría aportar algunas reflexiones finales que se situarán en una perspectiva más práctica que las notables contribuciones científicas que hemos escuchado. Por otra parte, quiero precisar que estas reflexiones no pretenden en modo alguno instrumentalizar las contribuciones en cuestión, sino que simplemente pretenden abrir algunas vías en el ámbito de la reconstrucción litúrgica necesaria para los próximos años. Me sitúo desde la perspectiva del *usus antiquior* del rito romano.

El rito tridentino en el limbo

Recordemos que el Concilio de Trento y las ediciones de libros que siguieron al Concilio establecieron una autoridad romana decisiva sobre la liturgia, lo que permitió armonizar mejor todo el mundo latino —ya muy romanizado— con los libros y usos de la Capilla Papal. Esto resultó muy beneficioso en muchos aspectos en la época de la Reforma protestante y, posteriormente, en la época de la Ilustración, sabiendo que, no obstante, subsistían —como contrapeso a ese centralismo— multitud de usos propios, sobre todo en las catedrales: era una especie de «romanidad» a varias voces.

También se sabe que, tras la Revolución, la desaparición y posterior reconstitución de los capítulos catedralicios, se acentuó el fenómeno centralizador ultramontano. A principios del siglo XX se alcanzó una especie de apogeo de la autoridad tridentina en materia de liturgia, lo que permitió las reformas muy sustanciales de Pío X en el breviario y de Pío XII en la Semana Santa. Y fue también en nombre de esta autoridad romana tridentina —que podríamos calificar de absoluta— como Pablo VI pudo derogar la liturgia tridentina.

Una paradoja a la que respondió una segunda, aún más sorprendente: la liturgia tridentina continuó… en contra de la autoridad romana. De hecho, ya antes del final del Concilio Vaticano II se desarrolló un amplio movimiento de rechazo de la nueva liturgia. Sin entrar aquí en detalles históricos, hay que recordar el importante papel que pronto desempeñó en ello monseñor Lefebvre, quien decidió en 1975 seguir el misal de 1962 y el breviario de 1961, por razones prácticas y de coherencia (estado de la liturgia tridentina antes del Concilio). Fue en esta postura en la que se fijó posteriormente el cardenal Ratzinger, más tarde papa Benedicto XVI, en la carta *Quattuor abhinc annos* de 1984, y en los motu proprio *Ecclesia Dei* de 1988 y *Summorum Pontificum* de 2007.

---

[1] Conferencia impartida durante el XI coloquio del CIEL en Roma, en febrero de 2020.

Es cierto que estas ediciones típicas de 1961-1962 no estaban exentas de defectos, pero tenían la ventaja de haber sido concebidas como hitos útiles e incluso providenciales, una última batalla de honor de los liturgistas de la Congregación de los Ritos. Así se estableció una especie de «Vulgata de 1961-62», un estado de referencia práctico, que no impidió las diferencias «por encima» (un cierto número de celebrantes que utilizaban rúbricas anteriores a 1962 y a 1955) y «por debajo» (los que utilizaban rúbricas de 1965).

Todo ello en el marco de una sorprendente autogestión que lleva funcionando desde hace 50 años, ya que la Congregación para el Culto Divino no ejerce ninguna autoridad reguladora sobre *el usus antiquior* (¡ni tampoco sobre *el usus recentior*!). En cuanto a la antigua Comisión Ecclesia Dei, nunca ha pretendido hacer más que dar respuestas sobre *Summorum Pontificum* y su instrucción de aplicación *Universæ Ecclesiæ.*

La paralización antes del Concilio

Además, el artículo 9 de *Summorum Pontificum* y los artículos 24 y 28 *de Universæ Ecclesiæ* legitimaron lo que la «rebelión» había establecido de manera informal. La última versión del misal tridentino determina la última versión de los demás libros: las ediciones típicas de referencia son las que se utilizaban antes de la reforma conciliar (el breviario de 1961, el ritual de 1952, el ceremonial de los obispos de 1886, el pontifical de 1961 y 1962, y, si alguna vez se planteara el caso de una reanudación de las capillas papales, el ceremonial de León X…)

Pero esta «parada de los relojes» no es solo una reacción contra la liturgia «aggiornamentada», si me permiten el neologismo. Es también el reconocimiento de que el fenómeno de vida orgánica que en su día caracterizó a la liturgia se ha vuelto imposible, y esto desde hace mucho tiempo.

Desde la Revolución se ha hecho evidente una ruptura cultural entre la Iglesia y el mundo moderno, especialmente en el ámbito de la liturgia, que es tradicional por naturaleza. La respuesta de los católicos a esta situación ha tomado dos direcciones:

- O bien asumiendo e incluso magnificando la oposición entre lo profano moderno y lo sagrado como uno de los medios importantes para resistir al espíritu de la nueva sociedad. Esto es lo que encontramos, al menos de forma implícita, en la obra de Solesmes y en el pensamiento de san Pío X.
- O bien intentando difuminar la diferencia, sobre todo en el estilo, pero también mediante modificaciones rituales de *actualización*.

Esta segunda dirección fue adoptada, ya en los años 30, pero sobre todo tras la última guerra, por el complejo Movimiento Litúrgico, al mismo tiempo que se imponía como una evidencia la idea de que la liturgia siempre había conocido reformas. Lo cual era erróneo, en la medida en que las variaciones y modificaciones antiguas nunca habían tenido esa carga ideológica de adaptación racional heredada de la Ilustración católica.

Un crecimiento orgánico tradicional

No obstante, esta tradición, tal y como se conserva hoy en día en medio de una cultura que le es en gran medida ajena, pero en la que da testimonio a favor de lo que podríamos llamar una contracultura católica, puede perfectamente experimentar una vida y un crecimiento orgánicos.

Una vida orgánica que hay que situar en una relación con la tradición —una relación que yo calificaría de *moderna* con la tradición, inteligentemente moderna—. Hoy en día, por ejemplo en el ámbito musical o arquitectónico, ya no es la relación —que sin duda tuvo aspectos muy positivos— de la imitación en forma de pastiche del siglo XIX. Nos encontramos en una época en la que la ciencia histórica ha logrado avances considerables en todos los ámbitos y en la que, cuando se quiere, se es artísticamente muy respetuoso con el pasado que se desentierra (a diferencia de lo que fue el arqueologismo contemporáneo del Movimiento Litúrgico).

Teniendo en cuenta los avances de las ciencias histórico-artísticas en materia de canto, hoy en día es posible una especie de tradicionalismo ecléctico. Sería, pues, excelente revivir todo un tesoro de piezas, usos y repertorios musicales tradicionales de catedrales y abadías, que se ha descuidado debido a la pereza con la que se llevó a cabo la romanización tridentina, en la que no se se tomó la molestia de defender las tradiciones bicentenarias que deberían haber sobrevivido.

Hoy se nos ha hablado de las riquezas del rito mozárabe y de las del rito de Sarum. Estos pueden tener oportunidades de llevar una vida autónoma, pero, además, las celebraciones romanas también podrían atreverse a recuperar tal o cual pieza de otros ritos latinos que puedan integrarse en ellas. Así, el músico húngaro Laszlo Dobszay, fallecido en 2011, colaboró con el *Capitulum Laicorum Sancti Michaelis Archangeli* (CLSMA) en la recuperación de tesoros olvidados de la liturgia latina húngara.

Por supuesto, hay que mencionar la entusiasta labor de Marcel Pérès con su conjunto Organum, y la de muchos otros, como el conjunto Gilles Binchois. Los repertorios que reviven —las piezas del latín antiguo de las que nos ha hablado Marcel Pérès y de las que vamos a

Algunos ejemplos —como los cantos cistercienses del siglo XII o los de la Escuela de Notre-Dame del siglo XIII— podrían interpretarse perfectamente en un contexto propiamente litúrgico. También cabe mencionar las interesantes reconstrucciones de una interpretación del canto llano similar a la que se realizaba en las iglesias de Francia hasta principios del siglo XX , o la interpretación, en la misma línea, de las misas en canto llano del Antiguo Régimen, como las misas de Du Mont, las misas de Nivers y las misas de La Feillée.

Es también en este marco donde puede concebirse, en determinados lugares, la revalorización prudente y sin polémica de la Semana Santa anterior a la reforma de 51-55 (las parroquias de Francia son distintas de las de Italia y de los países anglófonos; los seminarios y las comunidades son diversos y, en cualquier caso, distintos de las comunidades parroquiales).

Me parece que es en el seno de un renacimiento muy tradicional de este tipo donde deberá surgir algún día, cuando los tiempos estén maduros, la creación de fiestas de nuevos santos y, por tanto, de las misas y oficios correspondientes. No se puede imaginar una reconstrucción eclesial —que será, en gran parte, una reconstrucción litúrgica— sin que se conceda un lugar importante a un conjunto de iniciativas tradicionalmente innovadoras.

---

2. Quisiera rendir homenaje aquí a la memoria del destacado historiador del canto llano francés del Antiguo Régimen, Xavier Bisaro, catedrático de musicología en la Universidad François Rabelais de Tours, quien ponía en práctica sus investigaciones todos los domingos en la abadía de Notre-Dame de la Roë, antes de fallecer repentinamente en 2018.